

UNA NOCHE CONMOVEDORA



Meditación en Semana Santa

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

UNA PROFUNDA CONMOCIÓN

La cena de despedida, “la “última cena” de Jesús con sus discípulos, momento culminante para él, podríamos muy bien decir, que es un resumen intenso de toda su vida. Digo “intenso”, sí, y me remito al texto del Evangelio:

Después de decir esto, Jesús, profundamente conmovido añadió con toda claridad: “Les aseguro que uno de ustedes me entregará”. Los discípulos se miraban unos a otros, no sabiendo a quién se refería. Uno de ellos –el discípulo al que Jesús amaba– estaba reclinado muy cerca de Jesús. Simón Pedro le hizo una

seña y le dijo: “Pregúntale a quién se refiere”. Él se reclinó sobre Jesús y le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Jesús le respondió: “Es aquel al que daré el bocado que voy a mojar en el plato”. Y mojado un bocado, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. En cuanto recibió el bocado, Satanás entró en él. Jesús le dijo entonces: “Realiza pronto lo que tienes que hacer”. Pero ninguno de los comensales comprendió por qué le decía esto. Como Judas estaba encargado de la bolsa común, algunos pensaban que Jesús quería decirle: “Compra lo que hace falta para la fiesta”, o bien que le mandaba dar algo a los pobres. Y en seguida, después de recibir el bocado, Judas salió. Ya

era de noche. Después que Judas salió, Jesús dijo: “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también lo glorificará en sí mismo, y lo hará muy pronto. Hijos míos, ya no estaré mucho tiempo con ustedes. Ustedes me buscarán, pero yo les digo ahora lo mismo que dije a los judíos: “A donde yo voy, ustedes no pueden venir”. Simón Pedro le dijo: “Señor, ¿a dónde vas?”. Jesús le respondió: “Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, pero más adelante me seguirás”. Pedro le preguntó: “¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti”. Jesús le respondió: “¿Darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces” (Jn 13,21ss).

El cuarto Evangelio describe el momento, como de “profunda conmoción”. ¡Se ponen los pelos de punta! Jesús, Dios mismo en la carne humana, se conmueve hasta las entrañas. ¡Dios conmovido, como uno de nosotros! La imagen de Dios que albergamos en la mente, entra aquí en crisis. ¿Dónde queda la impasibilidad del Dios de los filósofos? O, ¿dónde queda la imagen del Dios al que rezamos? Definitivamente, el Dios de los filósofos -igual tampoco el nuestro-, no es el Dios del Evangelio.

En la Semana Santa celebramos litúrgicamente los momentos claves de la salvación y la expresión máxima del amor y de la compasión ilimitada de Jesús, Hijo y Hermano. En la Semana Santa se revela no un Dios impasible, sino vulnerable, hasta el punto de conmoverse, de sentirse afectado profundamente.

¿CÓMO ENTRAR EN ESA ESCENA DE VERDAD?

Solo el Espíritu Santo puede ayudarnos a ser capaces de entrar en esa escena para vivir, sentir, y comprender algo, siquiera, de lo que allí acontece y que también “hoy” puede acontecer.

Vamos a la escena. Jesús dice conmovido y con toda claridad: “*Les aseguro que uno de ustedes me entregará*”. El dramatismo es total. Se inicia la escena con una indicación

sorprendente y contundente de Jesús: “*uno de ustedes me entregará*”. O, lo que es lo mismo: “*uno de ustedes me va a traicionar*”. Así, dicho a pelo... sin anestesia.

¿Cómo reaccionan los discípulos? Pues se crea una atmósfera de desasosiego total. El discípulo amado, o sea, el que recuesta su cabeza en el costado de Jesús y atiende los latidos de su corazón, a instancias de Pedro, le pide al Maestro que diga de quién se trata. Es algo que necesitan saber, porque resulta insoportable vivir bajo sospecha, en un asunto tan repugnante como es la traición a Jesús. No olvidemos que solo pueden ser traidores los amigos, o los que aparentan serlo. Aquí hay uno de ellos.



Jesús no escurre el bulto, ni alega “que es un secreto que solo él conoce”. Jesús no oculta la verdad con falsas medias verdades, ni le llama aparte a Pedro, Santiago y Juan, para el típico cuchicheo orejero a los amiguetes, propio de quien tiene el “poder”.

La transparencia es lo suyo. Y responde con una señal: “*Es aquel al que daré el bocado que voy a mojar en el plato. Y mojando un bocado, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote*”.

Fijémonos: No es una denuncia, sino todo lo contrario. El Maestro realiza un gesto de predilección, ofreciéndole al traidor un trozo de pan untado en la salsa -¡algo que realizaban los comensales con la persona amada o más familiar!-. De este modo, Jesús dejó a todos perplejos respecto a quién sería el que le iba a traicionar, esto es, Judas, cuyo apellido Iscariote, significa hombre *ish* de

Kariot -cariote-, un pueblo de Judea, es decir del sur, de donde procedan él y su familia.

Jesús entrega a Judas el pan del amor. Él que vive en el amor es quien puede dar ese pan, y de ese modo. Judas Iscariote, por su parte, lo recibe de manera sorprendente: *“En cuanto recibió el bocado, Satanás entró en él”*. En la Biblia, “Satanás” y “Diablo” se emplean como sinónimos, y otra cosa son los “demonios”. Aquí se trata de Satanás, del Diablo, esto es, del que engaña, destruye, quiebra, calumnia, acusa, provoca desavenencias...

PAN DEL AMOR Y PAN DIABÓLICO

El pan del amor se convierte para el traidor en pan diabólico. ¡Judas queda poseído por el diablo! No es que lo diabólico se le haya impuesto; es que él le ha dejado entrar, y ha tomado posesión de su persona.

Y, movido por esa fuerza rompedora de lo bueno, de la fraternidad, y, por eso mismo, incapaz de captar el amor recibido, sale inmediatamente de la sala donde estaba el grupo -al que ya no pertenece, de hecho- para llevar a cabo el plan de traicionar y entregar a Jesús a sus enemigos.

Un matiz se añade: *“Ya era de noche”*, tiempo de oscuridad.

¿Está Judas ya roto por dentro, incapaz de acoger un gesto amoroso de Jesús? El texto da a entender que lo está, aunque no se le juzga. Estas maneras de actuar no llegan de la noche a la mañana. La ruptura de Judas con Jesús y los compañeros discípulos, debe venir de lejos. Sin duda, al Maestro no se le ha escapado la situación, le duele, pero aguarda al momento oportuno.

Jesús ha visto que Judas realiza movimientos extraños, pero de ahí a suponer que sabe que lo iba a traicionar, o que, incluso, le llamó para que lo traicionara, carece de fundamento y yo diría que son unas auténticas sandeces.

Judas amó a Jesús, como a todos los discípulos, pero, por algún motivo, posiblemente por decepción, se ha ido alejando de su

Maestro. El enigma de esta vileza permanecerá para siempre tras la bruma del misterio.

¿Realiza Jesús un exorcismo con el discípulo traidor? Da la impresión de que sí, y su efecto es inmediato en la sala de aquella última cena. ¿Cómo se nota que el exorcismo es certero? Porque se hace evidente una cosa: la luz llena el ambiente oscuro y espeso del Cenáculo. ¡Todo se vuelve luminoso!

Jesús dice emocionado: *“Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también lo glorificará en sí mismo, y lo hará muy pronto”*. Les hace ver que ahora sí se va a manifestar la Gloria de Dios en él.

¿Cómo acontecerá esa glorificación? Lo dice el mismo Jesús: *“Hijos míos, ya no estaré mucho tiempo con ustedes. Ustedes me buscarán, pero yo les digo ahora lo mismo que dije a los judíos: “A donde yo voy, ustedes no pueden venir”*.

La glorificación se dará por medio de un éxodo. ¡Jesús marchará solo, por ahora! Más tarde le seguirán sus discípulos.



A PEDRO LE CUESTA ENTENDER

Pedro, que parece querer llevar la voz cantante -recordemos la seña/orden que da al discípulo amado para que le pregunte a Jesús-, no ha entendido nada, pero ahora comienza a captar por dónde va todo. El pescador del lago de Galilea es bueno, honrado y quiere seguir a Jesús, incluso dar su vida por él. Es un incondicional de Jesús; siempre a su lado y a los otros del grupo, y le dice a Jesús: *“Señor, ¿a dónde vas?”*. Jesús le responde con unas palabras no fáciles de asimilar: *“Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, pero más adelante me seguirás”*. Pedro quiere saber más y pregunta: *“¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti”*.



Pedro cree que sin él Jesús se pierde, que el asunto del Reino se hunde sin él. Se cree imprescindible. No hay absolutamente nadie imprescindible. Está equivocado. *“Jesús le respondió: ‘¿Darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces’*. No, no es Jesús

quien necesita la vida de Pedro, sino que es Pedro quien necesita la vida de Jesús.

¡Menuda lección para los discípulos de todos los tiempos, si creen que sin ellos “lo que es de Dios” se viene abajo!

SOMOS PEDRO, JUDAS...

Adentrémonos también nosotros en el ambiente dramático y conmovedor de la sala de la última cena. Imaginemos el lugar que ocupamos, respecto a Jesús. ¿Seré yo, tal vez, aquel a quien Jesús señala como “traidor”? Nuestra debilidad hace plausible esa pregunta interior: ¿Seré yo acaso...?

De hecho, lo somos o podemos serlo. Pero ¿confiamos, creemos que Jesús, nuestro Maestro, Señor y Hermano hará todo lo posible para reconquistarnos? Podemos confiar, podemos creer firmemente que él agotará sus recursos de donación y entrega, como hizo con Judas, con nosotros y con todos.

Ninguno de nosotros somos “Jesús”, no lo seremos nunca. ¡Ay de aquel que se siente “Jesús” o un humano con “especial unción”, con una de esas “unciones” que dicen tener solo algunos “elegidos”! No nos engañemos a nosotros mismos ni pretendamos engañar a nadie. Somos Pedro, Judas... necesitados del amor indestructible de Jesús para vivir.

El pan y el vino eucarísticos son un regalo de Jesús que tenemos al alcance de la mano. Su Palabra, Pan de vida, es también el recurso siempre al alcance. Decía Orígenes: *“¡Has creído en la Palabra... ya has comulgado!”*. Pero, como nos advierte también Pablo en 1 Cor 11,28: *“Que cada uno se examine a sí mismo antes de comer este pan y beber esta copa”*.

La comunión puede ser para mí “Pan de ángeles”, como se canta en la exposición del Santísimo. Pero cuando soy un traidor a mi fe, lo convierto en “pan diabólico”: en causa de ruptura interior y con los que me rodean; en falta de caridad y compasión con las criaturas de Dios, mis hermanos; en palabras y gestos que siembran dolor y oscuridad. No hace falta que “Satanás” entre en el ser

humano para que se convierta él mismo en diabólico.

No pactemos con lo diabólico, ni en broma, ni por acción ni por omisión, pues sabemos los efectos. Si nos alimentamos del Pan de la Palabra y del Pan de la eucaristía, hagamos cuanto esté en nuestra mano para introducir la luz, que es Jesús -¡no nosotros!- en donde nos movemos; que seamos constructores de paz, de fraternidad, de justicia... Y así estaremos preparando el terreno para que Dios pueda manifestar su Gloria., la suya, ¡no la nuestra!

Pedro estaba, aparentemente, dispuesto a dar la vida por Jesús antes de la Pascua, solo aparentemente, porque en la pasión se ve que esa disposición es frágil y no es verdadera. Sin embargo, no se trata de eso.

Y ¿qué pasa con nosotros? Pues pasa lo siguiente: Lo importante no es que nosotros estemos dispuestos a dar nuestra vida por Jesús, sino que acogamos, ante todo, la vida que Jesús nos da; se trata de que estemos con él y sigamos hoy viviendo con una pasión semejante a la suya al servicio del Reino de Dios, no de nuestros "reinos".

Nosotros no somos los redentores, sino los redimidos. *"Siervos inútiles..."*. ¡Que no se nos olvide una vez más!

CELEBREMOS ESTOS DÍAS

Celebremos en estos días santos centrados de verdad en Jesús. Que nada ni nadie nos distraiga de ese "centro" desde el cual se irradia sobre nosotros su Presencia.

Comulguemos, en la Palabra y en el Pan eucarístico, a quien nos salva. "Comámonos" a Jesús, no porque "toca" al ir a misa, sino porque sin él no podemos vivir.

No nos dejemos llevar por la tentación de "Judas", que poco a poco se fue endiablando, quebrándolo todo y acabando mal, o de "Pedro el pretencioso. Pero, ¡atención!, nadie está libre de errar en el camino.

Y demos gracias, muchísimas gracias a Jesús, porque hace todo lo posible para salvarnos de la caída y para que no nos perdamos. Que nos envíe su Espíritu para que no caigamos en la ceguera de despreciar sus dones: su Palabra, su Pan de vida y su Sangre de salvación.

Que seamos humildes de verdad, servidores de los demás, lavándoles los pies, ya que es así como se comprueba la verdad de las misas en las que participamos, y que entremos en comunión con él y quedemos inundados por su Gloria Pascual.

Lima, abril 2025.

